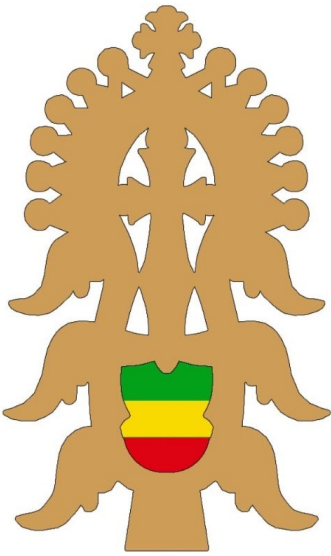




የኢትዮጵያ ኦርቶዶክስ ተዋሕዶ ቤተ ክርስቲያን ሃይማኖትና ሥርዓት

The Ethiopian Orthodox Tewahedo Church Faith and Order

The Sixth Sunday of Zemene Tsom (*The Season of Lent*)

Liturgical Readings:

2 Tim. 2:1 – 16; 1 Pet. 5: 1- 12; Acts 1: 6 -9

Psalm 39:8;

Mat. 25:14—31

The Anaphora of Saint Basil

«¿Quién es el buen siervo?» (Gebre Hare)

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, un solo Dios. Amén.

¡Gloria al Dios Todopoderoso!

Amados hermanos y hermanas en Cristo, en este día bendito que nuestro santo padre, San Yared, llamó «¿Quién es el buen siervo?», nos hemos reunido para escuchar, con corazón tembloroso y reverente, las palabras de nuestro Señor Jesucristo, tal como se encuentran registradas en el Evangelio según San Mateo, capítulo veinticinco, versículos catorce a treinta y uno. Esta parábola no se proclama únicamente para iluminar nuestra mente, sino para juzgar nuestra conciencia, despertar nuestras almas y prepararnos para la venida gloriosa del Señor.

Nuestro Señor habla de un hombre que, antes de viajar a un país lejano, confió sus bienes a sus siervos. A uno le dio cinco talentos, a otro dos, y al tercero solo uno, a cada uno según su capacidad. Aquí contemplamos, ante todo, la generosidad y la sabiduría del Maestro. Él no retiene sus riquezas, ni impone una carga más allá de la medida. Según la enseñanza de la Iglesia Ortodoxa Etíope, estos talentos representan los múltiples dones de Dios: la fe, la gracia, el conocimiento, la fortaleza, el tiempo, la autoridad espiritual y toda oportunidad otorgada para la salvación y el servicio. Como recuerda el santo Pablo a Timoteo: «Esfuézate en la gracia que está en Cristo Jesús... soporta las dificultades como un buen soldado de Cristo Jesús» (2 Timoteo 2:1–3). La gracia se da libremente, pero se confía, no se entierra.

El primer siervo, que recibió cinco talentos, inmediatamente se puso a trabajar con ellos. Trabajó diligentemente, sin quejarse, y ganó otros cinco. De igual manera, el segundo, con dos talentos, duplicó lo que le había sido dado. Estos siervos revelan el carácter del buen siervo, el *Gebre Hare*: fiel, vigilante, valiente y obediente. No se compararon entre sí, sino que se midieron por la voluntad de su Maestro. En ellos vemos el espíritu de los apóstoles, que después de la Ascensión de nuestro Señor —como leemos en los Hechos de los Apóstoles (Hch 1:6–9)— no permanecieron mirando al cielo, sino que salieron a dar testimonio, confiando en la promesa del Espíritu Santo. Su fe era activa, su espera fructífera.

El tercer siervo, sin embargo, recibió un talento, se alejó, cavó un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor. No lo perdió, pero tampoco lo hizo fructificar. Exteriormente parecía prudente; interiormente era incrédulo. Su carácter se revela no por lo que hizo, sino por lo que temía. Consideraba a su señor como severo, aquel que cosecha donde no sembró y recoge donde no esparció semilla. Este siervo no representa humildad, sino acusación; no obediencia, sino autojustificación. En la comprensión de la Iglesia Ortodoxa Etíope, simboliza a aquellos que reciben la fe, son bautizados y contados en la casa de Dios, pero que rehúsan la lucha de la penitencia, el trabajo del amor y la responsabilidad del ministerio.

Cuando el señor regresó después de mucho tiempo, pidió cuentas a sus siervos. A los dos primeros les dijo las mismas palabras, a pesar de la diferencia en el número de talentos: «¡Bien, buen siervo y fiel! Has sido fiel en lo poco, te pondré sobre mucho. Entra en el gozo de tu señor.» Esto nos enseña que Dios no juzga por cantidad, sino por fidelidad. Así también el santo Pedro exhorta a los pastores de la Iglesia: «Apacentad el rebaño de Dios que está entre vosotros, no por fuerza, sino voluntariamente... no por ganancia deshonestas, sino con celo» (1 Pedro 5:1–2). La fidelidad en la pequeña obediencia conduce a una comunión mayor en el Reino de Dios.

Al tercer siervo, sin embargo, el señor respondió con justo juicio: «Siervo malo y perezoso.» Sus propias palabras se convirtieron en su condena. Afirmaba temer a su señor, pero ese temor no produjo reverencia, ni trabajo, ni fruto. Incluso el acto más mínimo —poner el talento con los banqueros— se negó a realizar. Así, el talento le fue quitado y dado al que tenía diez, y fue arrojado a las tinieblas exteriores. Esto no es crueldad, sino justicia. Como enseñan nuestros santos Padres, la gracia no utilizada se marchita, y la fe descuidada se convierte en juicio.

Por lo tanto, los tres siervos representan a todos aquellos a quienes se confían los dones de Dios. Pueden ser obispos, sacerdotes, diáconos, monjes o laicos; gobernantes o súbditos; sabios o simples. La diferencia no está en lo que se da, sino en cómo se utiliza. Esta parábola armoniza con la enseñanza de nuestro Señor en el capítulo doce del Evangelio según San Lucas, donde habla de siervos que esperan el regreso de su señor, con lámparas encendidas y los lomos ceñidos. «A quien mucho se le dio, mucho se le exigirá.» La vigilancia, la responsabilidad y la disposición unen ambas enseñanzas. El siervo fiel no está inactivo en la espera ni temeroso en el servicio, sino esperanzado y diligente.

Amados, la pregunta que San Yared nos plantea hoy no es teórica: ¿quién es el buen siervo? La respuesta no se encuentra solo en las Escrituras, sino en nuestras vidas. El buen siervo es aquel que recibe la gracia con gratitud, trabaja con humildad, soporta las dificultades con paciencia y espera al Señor con gozo. No entierra su fe en el suelo del miedo ni se excusa con falsa humildad. Sabe que el Maestro, que ascendió a los cielos, ciertamente volverá en gloria, y que Su juicio es justo y Su recompensa eterna.

Que seamos contados entre aquellos que escuchan las palabras bienaventuradas: «¡Bien, buen siervo y fiel!» Que el Señor nos conceda la gracia de multiplicar lo que hemos recibido, para la gloria de Su Nombre y para la salvación de nuestras almas.

Gloria a Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.